

E. Solar Correa.

UN GRAN POETA EN PROSA: ALONSO DE OVALLE

A medida que se ahonda en la personalidad de este hombre admirable (1), vase descubriendo una psicología más compleja y rica. Algunos de los aspectos que quedan esbozados—su fina sensibilidad, su imaginación evocativa, su facultad visual—parecen anunciarnos un alma hecha para la contemplación y el quietismo; pero, a semejanza de los grandes contemplativos españoles de aquella misma época, su vida fué, por el contrario, toda acción y laborioso movimiento. Mientras reside en Santiago no descansa un instante. Instruye a los negros, funda y dirige cofradías, organiza procesiones, predica cada domingo en la plaza de Armas, da misiones en los campos, colecta fondos con el proyecto de formar una expedición evangelizadora que lleve la luz de la fe a los últimos confines del país, administra aquí y allá los sacramentos, regenta un colegio, da clases de filosofía, visita hospitales, y ni le falta el tiempo para organizar grandes fiestas escolares «con mucha música

(1) Véanse los números 65 y 66 de *Atenea* en que se han publicado las dos primeras partes de este trabajo.

y saraos» o sonados certámenes literarios que se pregonan por las calles con «gran lustre de caballería». Los años que pasó en Europa viéronle, asimismo, desplegar una actividad infatigable. En 1642 le encontramos en Sevilla haciendo gestiones junto al Consejo de Indias y presentando memoriales en interés de Chile y de su Orden; luego, en Salamanca, investigando los orígenes de su familia; después, en Valladolid, tomando informaciones para su historia de labios del P. Valdivia; y en seguida, en Madrid, efectuando presentaciones a la Corte, y luego en otros y otros lugares. Al año siguiente está en Italia, y vémosle peregrinar por diversas ciudades de la península, ya en busca de jesuítas para traer a Chile, ya compulsando viejos archivos a caza de noticias familiares (1), ya ejerciendo en Roma su funciones de Procurador; vémosle convencer aquí, solicitar acá, ora de palabra, ora por escrito, y al mismo tiempo, enviar prolijas exposiciones epistolares a su patria, y redactar y publicar en dos idiomas su voluminosa *Relación* histórica, y en todas partes hablar de esa ignota y paradisiaca tierra en que ha nacido, y con tal efusión y elocuencia que por donde quiera va despertando curiosidades y conquistando simpatías. Los magnates de Italia lo acogen afectuosamente, la Emperatriz de Alemania lo obsequia con piedras preciosas, destinadas a la custodia del templo de San Ignacio en Santiago; el Sumo Pontífice le otorga gracias y mercedes; el General de su Orden acepta las peticiones que por su intermedio hacen los jesuítas de Chile. En 1646 volvemos a encontrarlo en España. Nuevos trajines, nuevas suplicaciones, nuevos memoriales. Ahora no

(1) Atribúyese a Alonso de Ovalle un estudio anónimo, intitulado *Breve relación y noticia de la esclarecida Casa de los Pastene* que, a ser suyo, lo consagraría como el iniciador de la hoy abundante literatura heráldica y genealógica chilena; en todo caso con él nace dicha afición, pues se sabe que en Salamanca y Génova estuvo investigando los orígenes de su familia.

sólo se trata de la misión que la Compañía le encomendara al partir. Hanle llegado también poderes del Cabildo de Santiago. La ciudad, abrumada por el terremoto de mayo, no puede pagar sus tributos.

El jesuíta chileno — escribe Medina—en el acto de recibir sus credenciales se entregó con todó ardor a sus gestiones y cuando ya por el Rey y sus consejeros estaba acordado que los vecinos y moradores fuesen libres de pagar tributos y derechos, obtuvo todavía que durante seis años quedasen exentos de las contribuciones de alcabala, unión de las armas y de lo que se pagaba por la salida y entrada de todos los frutos y mercaderías de la tierra que se hubiesen de consumir en la ciudad o se extrajesen por los puertos de su distrito para el Perú y otras partes (1).

Nacido en Castilla, el P. Alonso hubiera sido un alma gemela de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Tenía de ellos la pasión, el fervor religioso, la delicada sensibilidad y aquella mezcla singular de actividad práctica y de ensimismamiento contemplativo. Pero hijo de Chile, la contemplación adquirió en él una tonalidad poética y humana, ajena a todo misticismo. Exige éste a sus elegidos el total desasimiento de las terrenas cosas y entre tanto, el magnífico paisaje chileno no le dejaba, ni en la ausencia, apartar los ojos de la tierra. La exaltación mística fué flor de la yerma planicie castellana. Nunca se dió tampoco en los vergeles de Andalucía ni en las verdes y pintorescas laderas cantábricas.

La ley de los contrastes, de las oposiciones, preside—podría decirse—la psicología de nuestro jesuíta. Acabamos de ver que es hombre de acción y de contemplación al propio tiempo, y sería fácil señalar muchos otros rasgos antitéticos. Júntanse en él un visual extraordinario y un espíritu hondamente emotivo,

(1) JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, pág. 634.

calidades que así como las anteriores, se excluyen con frecuencia; tiene una voluntad férrea y aparejada con ella marcha un carácter suave, efusivo, que según sus biógrafos, conquistaba el afecto de cuantos le conocían; conviven en su alma una modestia, una humildad profundamente sincera—la revelan su obra y la exaltan sus contemporáneos—y un orgullo aristocrático de raza, que lo lleva a buscar noticias de su linaje en los archivos de Europa; es un espíritu ingenuo, casi pueril, y, sin embargo, como maestro de filosofía, conoce todos los vericuetos de la escolástica; es un temperamento férvido e imaginativo, y, sin embargo, ha dejado un libro que es todo orden, coordinación y método.

A imitación suya, que tan amigo se muestra de clasificaciones y enumeraciones, digamos en síntesis final que la obra de Alonso de Ovalle acredita, principalmente, tres excelencias, cada una de las cuales bastaría para atribuirle un lugar señero en la breve historia de nuestra literatura.

La primera es su prosa. Ovalle inaugura la prosa literaria en Chile y a través de tres siglos no es fácil hallar otro prosista que le aventaje. En alguna ocasión hemos observado que para aquilatar el valor de nuestros escritores es preciso referirse a los americanos y no a los europeos. Todo parangón exige términos equivalentes. Podremos compararnos con Europa en objetos de *confort*, de adelantos materiales, en todo lo que es susceptible de improvisación; mas no en los dominios de la cultura, fruto difícil y lento de madurecer, obra de siglos. En este aspecto, entre uno y otro continente se abre un abismo que sólo el tiempo podrá llenar y que, por ahora, hace imposible el parangón de los escritores de allá con los de aquí, expresión aquéllos de una vieja tradición cultural y éstos de una cultura incipiente, periférica, de una cultura todavía en agraz. Sin embargo, tratándose de

Ovalle, nos es forzoso mirar hacia el otro lado del Atlántico. Para encontrarle iguales, como prosista, habría que remontarse a los clásicos españoles. A casi todos ellos—si se excluye a los místicos—supera en sensibilidad y fineza. El parentesco está principalmente en su léxico castizo y numeroso que, como buen latinista, siempre sabe emplear con admirable exactitud y propiedad (1), y en su frase noble, reposada y armoniosa, un poco pleonástica, y con todo no exenta de cierta gracia criolla, nacida ya de algún giro inesperado, ya de algún vocablo popular y expresivo. Una como modulación interior—y esto es muy característico—da a su estilo natural y suelto, algo de muelle, de pastoso y cálido. Diríase que el período se distiende sensual y rico como un brocado de antaño. Pero en ocasiones y según el caso, se torna también o ágil o musculoso, o bien se reviste de magnífica elocuencia. No es esto último frecuente y suele ocurrir sólo cuando el autor habla de las cosas divinas o se remonta a consideraciones generales. Entonces el insigne orador sagrado que había en Ovalle arrebatado la palabra al historiador, y éste se retira a segundo plano, pidiendo excusas a quien lo lee. Bien será que conozcamos esa faceta de su personalidad: acaso fué la que mejor lo definió ante sus contemporáneos:

Es cosa esta que se toca con las manos muchas veces en el mundo: ¡cuántos reinos y ciudades se han conservado a la larga cuando se hallaban oprimidos de la guerra y otros trabajos que hacían vigilantes a sus ciudadanos y moradores y después los destruyó la demasiada prosperidad y descanso!... Siempre se combate en cualquier tiempo bueno o malo; siempre estamos sujetos a los peligros y éstos nos cercan por todas partes y nos amenazan perpetuamente; pero hay gran diferencia

(1) «Las palabras—apunta con mucha verdad el señor Aguirre Vargas refiriéndose al lenguaje de la *Histórica Relación*—consideradas una por una, son de un significado estricto y preciso, casi etimológico.» Y a menudo sin casi... (*Estrella de Chile*, 1874, cit. por Medina).

de haberlas con Dios o con los hombres; va mucho de provocar la ira de Dios o la de los hombres. De éstos nos podemos defender porque son iguales y visibles sus fuerzas; pero a la de Dios que es tan superior soberana e invisible ¿quién resistirá? Pecados han destruído al mundo, desbaratado reinos, deshecho monarquías, abrasado ciudades y reducido a nada los imperios, no la pobreza y calamidades de los tiempos; antes éstas no tienen más fuerza para dañarnos que las que les dan nuestras culpas, contra las cuales pelean los mismos trabajos, guerras, hambres, pestes y otras desdichas, poniéndose de parte de Dios para tomar venganza de los que provocamos su ira cuando obligados de sus misericordias y favores, debiéramos con agradecimiento y correspondencia llamar en nuestra ayuda y protección a su paternal clemencia (1).

Cuando leemos a Ovalle viene a nuestra memoria el recuerdo amable de Luis de Granada. Tal vez a nadie se asemeje más. Sorprenden en el estilo, en el temperamento, en las inclinaciones de uno y otro, notables similitudes. Eludamos, no obstante, la tentación del paralelo. Sería, sin duda, experimento curioso, pero largo de realizar.

La segunda de las excelencias literarias del P. Alonso se cifra en su temperamento poético, y en este sentido, merece que le consideremos como el más grande poeta de la Colonia. Ninguno de los que, durante ese período, se atrevieron con las formas métricas—ni el mismo Oña, ni Pineda y Bascuñán, únicos que tal vez podrían reclamar el título de poetas—revelan una imaginación tan viva, una semejante efervescencia del espíritu, una sensibilidad tan fina.

(1) El cap. XIII del libro VI, del cual extraemos este párrafo, constituye una pieza oratoria de primer orden. Ovalle, hombre de un gusto muy seguro—es el único tal vez en la Colonia que no cayó en la pedantería de las citas clásicas—comprende que se ha salido del tono propio de su obra y en un paréntesis dice: «deme licencia el piadoso lector y aunque salga algo del estilo de historia, me deje decir lo que no es bien callar en esta materia, para enseñanza de aquellos a quien toca y para venerar los juicios de Dios y temer su castigo». El autor se refiere al levantamiento del toqui Pelantaru y a la destrucción de siete ciudades del sur (1598), desgracia que mira como un castigo del cielo impuesto a sus moradores, cuya súbita riqueza y prosperidad había relajado sus costumbres y sido origen de frecuentes escándalos.

Un gran poeta en prosa

La tierra chilena ha sido siempre parca en almas sensitivas. Ovalle constituye excepción, no sólo en su tiempo, sino en toda nuestra literatura. Si recorremos la galería de los escritores de la República en busca de un alma que hermane con la suya encontraremos que sólo es posible señalar dos nombres: el de Guillermo Blest Gana, durante el siglo XIX, y el de Manuel Magallanes Moure, en la época presente. Hay otros que son indudablemente poetas; pero carecen de esa delicadeza de los nervios, casi femenina, que es la nota distintiva de éstos. ¿Quién va a negar, por ejemplo, a Gabriela Mistral, el don poético? Poeta es, y gran poeta, pero con la recia sensibilidad que ha sido característica de nuestras letras y también de las castellanas. Ovalle y Pastene, Blest Gana, Magallanes Moure: los tres pasean por el áspero paisaje de la literatura chilena unas siluetas finas, inconfundibles, casi paradójicas... ¿De dónde han venido a ella estos hombres extraños? Guillermo Blest traía acaso de Irlanda, patria de sus antepasados, aquellos ensueños vagarosos; Manuel Magallanes trajo en sus venas saudades de la tierra lusitana; Ovalle y Pastene juntó a la roja sangre de los conquistadores, suaves dulcedumbres de miel itálica (1). Los tres mezclaban a su sangre española, sangre extranjera. La coincidencia es significativa.

Ya hemos visto que Alonso de Ovalle fué el primer explorador de nuestras bellezas naturales, y esta es la tercera, y quizás la más trascendente, de sus excelencias literarias. El nos enseñó a ver el paisaje; su mano descorrió el velo que ocultaba las magnificencias cordilleranas y nos las mostró—próximas, distintas—como en esas diáfanas mañanas santiaguinas que siguen a una pluviosa noche de Agosto. Pero dejémosle

(1) El P. Ovalle era, por su madre biznieta del piloto genovés Juan Bautista Pastene.

hablar una vez más: que él mismo nos pinte la perenne sorpresa de aquellas claras horas invernales:

Cuando después de algún buen aguacero que suele durar dos y tres y más días, se descubre esta cordillera (porque todo el tiempo que dura el agua está cubierta de nublados) aparece toda blanca desde su pie hasta las puntas de los primeros y anteriores montes que están delante y causa una hermosísima vista porque es el aire de aquel cielo tan puro y limpio, que pasado el temporal, aunque sea en lo más riguroso del invierno, lo despeja de manera que no parece en él una nube, ni se ve en muchos días, y entonces, rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aun a los que nacemos allí y estamos acostumbrados a ella, nos admira y da motivos de alabanzas al Criador, que tal belleza pudo criar.

Ercilla descubrió—inventó—al araucano; Ovalle descubrió el paisaje chileno: entrambos acontecimientos pueden mirarse como el punto de partida de toda nuestra literatura que, en su esencia, no es otra cosa sino una eterna exaltación del indígena o de sus descendientes—*el roto, el huaso*—y una eterna descripción de las bellezas del suelo.

Y ahora vamos a salirnos de la literatura chilena para asomarnos un instante a los dominios de la universal, pero una advertencia... Los resultados de esta incursión han de comentarse un poco como en secreto, porque quizá haya en ellos ciertos visos de extravagancia.

Al decir que Alonso de Ovalle descubrió nuestra Cordillera, probablemente no está dicho todo: acaso habría que agregar que él ha sido el primer hombre—así, el primero—que sintió y expresó la poesía de las cumbres.

Ha poco un escritor francés (1) hacía notar la inca-

(1) DANIEL ROPS, *Nouvelles Littéraires*, Abril 19 de 1930.

pacidad que se advierte en los escritores que han pretendido reproducir las sensaciones estéticas que provoca la altura.

Cuando se lee — afirmaba — lo que ha sido escrito sobre la montaña, sea que se trate de especialistas de la pluma, o de héroes del alpinismo, o de ambas cosas a la vez, uno queda sorprendido de la mediocridad general de todos esos textos.

Y añadía:

Es curioso observar que los primeros hombres que han hablado de la montaña lo han hecho para manifestar su horror y su desprecio. *La nature brute est hideuse*, dice Buffon, y esta es la opinión de todos sus contemporáneos.

La observación es exacta y aun podría hacerse extensiva al siglo XIX, época que se enorgullece de haber enseñado a los hombres el culto de la naturaleza. Los románticos amaron las empinadas cumbres sólo a distancia, como un marco del paisaje, pero no la montaña misma.

Existe una obra de Chateaubriand—poco conocida—que interesa recordar aquí porque es uno de los primeros libros en que se ha descrito el paisaje montañoso. Titúlase *Voyage au Mont Blanc*. Nada más curioso que examinar las impresiones que frente a una visión análoga experimentan el jesuíta colonial y el gran romántico francés. Ya conocemos la placentera admiración que la majestad andina despertaba en el primero; veamos ahora cómo reacciona este otro estupendo visual ante las grandezas alpestres:

Los pinos más altos—expresa—se distinguen apenas en lo escarpado de los valles, donde parecen pegados como copos de hollín (1). La huella de las aguas pluviales está marcada

(1) Compárese la impresión de Chateaubriand con esta otra de Ovalle, que ya hemos citado: «Críanse estas palmas de ordinario en los montes y quebradas, tan espesas, que mirándolas de lejos, parecen almácigo puesto a mano.»

en esos bosques raquíuticos y negros por pequeñas ranuras amarillas y paralelas; y los torrentes más grandes, las cataratas más elevadas, semejan débiles hilos de agua o de vapores azules...

Las nieves del bajo *Glacier des Bois*, mezcladas al polvo de granito, me han parecido semejantes a ceniza; podría tomarse el mar de hielo, en varios lugares, por canteras de cal y de yeso; sólo sus grietas ofrecen algunos tintes del prisma, y cuando las costras de hielo se apoyan sobre la roca, semejan gruesos vidrios de botellas...

Estas sábanas blancas de los Alpes—agrega todavía el autor de *Atala*—tienen por otra parte un grande inconveniente: ennegrecen todo lo que las rodea y aún el azul del cielo. Y no creáis que los bellos accidentes de la luz sobre las nieves indemnicen de este efecto desagradable. El color de que se pintan las montañas lejanas es nulo para el espectador colocado a su pie.

Termina el grande escritor con un elogio de los pintores que «siempre han arrojado los montes hacia la lejanía, abriendo al ojo un paisaje sobre los bosques y sobre los llanos».

Compárese esto con la cordillera que vió el P. Ovalle, «maravilla de la naturaleza y sin segunda, porque no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca», y podrá apreciarse todo el valor que tienen las páginas del jesuíta, y toda la novedad que ellas aportan a las letras, y en una época en que todavía nadie soñaba en la interpretación estética de la naturaleza ni aun en sus aspectos más asequibles. Chateaubriand ha reproducido el imponente espectáculo con sabia frialdad y precisión, su actitud es la del técnico en pintura que analiza y juzga una tela que no le agrada porque no encarna su ideal artístico; Ovalle también ha mirado con justeza, pero en el mirar puso amor y fantasía. Y porque fué poeta, las blancas cimas herméticas quisieron revelarles su belleza.

La pobre literatura nuestra puede muy bien blasonar de un escritor como Alonso de Ovalle. Verdad es que carece de discernimiento crítico; verdad que

Un gran poeta en prosa

hay hipérbole en la exaltación de las cosas nacionales; verdad que cree en ilusorios y pintorescos milagros. Pero estos defectos son como un corolario de sus mismas excelencias. Ya hemos dicho que es poeta antes que historiador, artista antes que erudito. Y no tenemos por qué apesadumbrarnos. En Chile lo que ha sobrado siempre ha sido historiadores y eruditos y lo que nunca ha sobrado ha sido poetas y artistas.

Quizás nosotros, en este ensayo, le hayamos mirado con una simpatía, con una admiración exagerada. Pero nunca será posible que un añejo infolio nos entregue su secreto si no nos resolvemos a acercarnos a él con espíritu cordial, y así nos hemos allegado a esta vieja cisterna de los tiempos coloniales donde abrevaron su eterna sed de historia de los primeros chilenos y en cuyo espejo—profundo, inmóvil—duermen lozanas las imágenes de aquella edad desvanecida.